

Carlos Ros

Historia y leyenda de
Doña María Coronel

El amor imposible de don Pedro el Cruel



LETRAS DE AUTOR

© Carlos Ros

© Letras de Autor

Teléfono: 91 151 16 14
info@letrasdeautor.com
www.letrasdeautor.com

Maquetación editorial y diseño de cubierta: Georgia Delena

Diseño de portada: Dionisio Rodríguez

Primera edición: enero 2017

ISBN: 978-84-16958-48-1

Depósito Legal: M-2159-2017

P.V.P.: 15 € (con IVA)

La reproducción total o parcial de este libro no autorizada vulnera derechos reservados. Cualquier utilización debe ser preferentemente concertada.

Impreso en España - UNIÓN EUROPEA

LA LEYENDA



1. El embrujo de la leyenda

*Sé tú mi musa, Sevilla,
cuéntame lo que tú cuentas...
Muñoz y Pabón*

Comencemos por la leyenda. Una leyenda que impregna a Sevilla, de siglos atrás, del olor de flores de arriate y de verde perejil.

Fue hace muchos años. Érase una vez...

Y nos sumergimos en una de las leyendas más bonitas de Sevilla. El rey enamorado persigue a la dama. Ella, de deslumbrante hermosura, guarda su viudez tras las rejas de un convento. Como los muros no son obstáculo suficiente para el antojadizo rey, la dama realiza un último y supremo gesto trágico: se arroja aceite hirviendo sobre la cara, que le desfigura su hermoso rostro.

El rey es don Pedro I de Castilla, para unos el Cruel, para otros el Justiciero. La dama es doña María Coronel.

Érase una vez, allá por el siglo XIV, cuando ocurrió esta curiosa leyenda sevillana.

* * *

¿Por qué decir leyenda? ¿Acaso no ocurrió de verdad? ¿Lo imaginó un poeta? ¿El pueblo?

Ocurrió. Creo que ocurrió. Lo contaremos aquí, en un libro de historia, porque pretendo que sea un libro de historia.

Entonces, ¿por qué decir leyenda?

Porque no hay leyenda sin consistencia histórica, sin una raíz de realidad. La leyenda, a diferencia del cuento, de la fábula o del mito, apunta a un tiempo y espacio determinados. Sucede en un lugar concreto, con personajes reales. La transmisión oral, que le es inherente, adornará el suceso con sutiles detalles agrandándolo, deformándolo, exagerándolo. Incluso se dará el caso, en un cierto momento de su evolución, en que se confundan los personajes o la acción cambie de lugar geográfico o cronológico.

Pero éste no es momento para análisis tan serio. Vamos a relatar la leyenda de doña María Coronel en toda su frondosidad, cogida del último eslabón de una larga cadena. Y la contaremos con toda la belleza con que ha sido adornada a través de los siglos. Labor posterior será realizar un proceso de análisis y de crítica para intentar llegar a la fuente primera, al hecho primigenio, si posible fuere, sin el exorno acumulado por el tiempo.

Pero ahora dejemos a Sevilla que lo cuente como ella lo cuenta. Porque, ¿qué es más verdad? ¿La verdad a secas, rancia e insípida, o la leyenda que sublima la historia de los pueblos? Próspero Mérimée, que anduvo por aquí tras las huellas de Pedro I, fascinado por las leyendas que cada rincón de Sevilla hablaba de este rey, escribía a la condesa de Montijo: «Cuanto más estudio esta historia de Pedro, más me persuado de cómo la verdad es inferior a la fábula. La tradición es un admirable mago que sabe conciliar las cosas poéticamente. Uno se esfuerza trabajando para quitarle esta poesía y el resultado es una cosa fastidiosa».

Lo mismo me ocurre con doña María Coronel.

Cada vez me persuado más de que la verdad es inferior a la leyenda.

¿Cómo robarle poesía al embrujo de la leyenda?

Sevilla lo cuenta así.

* * *

La escena primera se sitúa al pie mismo de la torre de don Fadrique, esa magnífica torre, transición del románico al gótico, que evoca, cuando se la contempla de frente y el sol andaluz carga de lleno sobre ella, recuerdos de acciones heroicas y legendarias. Se la llamó en otro tiempo *La torre encantada*, no se sabe por qué. Tal vez por el relato

que a continuación vamos a ofrecer. Torre encantada y evocadora de recuerdos sublimes.

Actualmente es patrimonio del Ayuntamiento sevillano, pero antiguamente formaba parte del monasterio de Santa Clara, ubicado en su huerta. Sancho IV, a finales del siglo XIII, donó a las franciscanas clarisas la casa palacio y la huerta que habían pertenecido a don Fadrique, hijo del rey Fernando el Santo.

Por los años sesenta del siglo XIV, momento de nuestra historia, el convento de Santa Clara es un monasterio floreciente. A él acude doña María Coronel, ya viuda y todavía joven de veintitantos años, a guardar su llorada soledad y huir de los hostigamientos amorosos del rey Pedro I.

*En un apartado yermo,
que hay en medio de Sevilla;
en el fúnebre retiro
de un convento de clarisas,
llora su matado amor
la amante doña María.*

Pero los muros del convento no bastan para frenar a tan altivo rey.

*¡Imposible que a tal hombre
cosa alguna se resista!
Es monarca y es cruel.
¿Cómo mostrársele esquiva
la reducida bandada
de indefensas golondrinas?*

Evidentemente las monjitas clarisas son unas indefensas golondrinas. No cabe resistencia al atropello del rey. Si llama a la puerta, ¿qué hacer? ¿Cómo impedirle la entrada?

Y el día fatídico llegó.

Unos emisarios del rey llevan órdenes de hacer salir del convento a doña María Coronel y conducirla al Alcázar.

Revuelos de tocas por el convento. Carreras precipitadas. Susurros tras las columnas. En mínimos segundos, todo el monasterio es sabedor de la noticia.

¿Qué hará doña María Coronel?

Ya lo tiene pensado. Corre a la huerta y, al pie mismo de la torre de don Fadrique, se esconde en un hoyo que el hortelano había preparado de antemano. Otras monjitas cubren el hueco con tablas y echan tierra encima, para disimular el escondite. Pero el engaño es muy burdo. La tierra removida es una clara denuncia del cuerpo del delito. ¿Se darán cuenta los esbirros de don Pedro? Porque éstos ya han entrado en el convento, rompiendo toda clausura. Llegan a la huerta, después de haber hurgado por todo el monasterio.

Y surge el prodigio.

Cuando se acercan a los pies de la torre, donde se encuentra el hoyo que oculta a doña María Coronel, prodigiosamente la tierra removida se cubre de espesas matas de hierba, iguales a las de su alrededor. La tradición dice que esas matas eran de perejil. Por eso, años atrás, cuando la torre de don Fadrique, torre encantada, testigo mudo e impresionante de un acontecimiento tan milagroso, pertenecía al monasterio, las monjitas sembraban a su alrededor matas de perejil, en recuerdo de doña María Coronel.

* * *

Hagamos un inciso en el relato. Ha aparecido la palabra perejil. ¿Por qué surgió milagrosamente la planta de perejil? ¿Qué simbolismo nos quiere sugerir la leyenda?

El perejil no es ni siquiera una flor, qué mejor que una flor, rosas por ejemplo, que ofrezcan suave fragancia y posean unas ocultas espinas en sus tallos para quien intente violarlas.

Al pie de la torre de don Fadrique surge el perejil, esa planta herbácea vivaz, de las umbelíferas, de hojas de color verde oscuro, partidas en tres gajos dentados, que se emplea como condimento.

Tratemos de encontrar el simbolismo.

Perejil proviene del latín *petroselinum*, y éste del griego *petrosélinon*: de *petra*, piedra, y *sélinon*, perejil. Esto dicen los diccionarios etimológicos. Y si nos vamos a las lenguas modernas, resulta que en francés suena *persil*, en italiano *prezzemolo*, en inglés *parsley*, en alemán *petersilie*, en portugués *perrexil*, en vasco *perrezil*, en catalán *julivert*, y en esperanto *petroselo*.

¿No se nota en la raíz de varios de estos idiomas el sonido pedro o peter? No quisiera jugar a ciencia ficción, pero perejil viene a ser lo mismo que perojil. Lo que puesto en nombre y apellido resulta ser Pero Gil, es decir, Pedro Gil.

¿Y quién es este Pedro Gil?

Precisamente don Pedro I de Castilla.

Su hermanastro Enrique, posteriormente Enrique II de Castilla, y todos los enemigos de Pedro I, lo llamaban despectivamente Pero Gil, hijo de una judía y no de doña María, reina de Castilla y esposa de Alfonso XI. Era una manera sutil de negarle la legitimidad al trono.

Doña María, princesa portuguesa y esposa de Alfonso XI, tenía desventaja sobre la favorita, la sevillana doña Leonor de Guzmán, tan hermosa como fecunda. Doña María dio a luz un hijo, don Fernando, que murió enseguida, y se vio obligada a dar otro varón, que restara la fecundidad de doña Leonor. Y aquí surge la maledicencia. Doña María, necesitada de tener hijo heredero del trono, tuvo una hija, que presto cambió por el hijo de una judía, el Pero Gil que decimos, Pedro I de la historia.

En verdad es una patraña urdida por los enemigos de Pedro I de Castilla, pero ahí está la leyenda para dar nombre a una planta, pudo ser cualquier planta, mejor un campo de rosas, o de amapolas, y sin embargo la leyenda tiene empeño especial en decir que en aquella tierra removida surgió precisamente la planta de perejil, como para afearle al rey Pedro su baja ascendencia.

En agosto de 1929, el Ayuntamiento sevillano colocó en un muro junto a la torre de don Fadrique una lápida, que reza así:

EL EXCMO. AYUNTAMIENTO DE ESTA CIUDAD
DE SEVILLA
ACORDÓ ÚNANIME CONSAGRAR ESTE MÁRMOL
A LA BENDITA MEMORIA DE
DOÑA MARÍA CORONEL,
DE QUIEN UNA TRADICIÓN PIADOSA REFIERE
COMO ACAECIDOS EN ESTE RECINTO HECHOS
PRODIGIOSOS QUE PROCLAMAN LA CASTIDAD
DE ESTA EXCELSA FUNDADORA.

* * *

La escena segunda, y última, se sitúa en el interior del monasterio. Es don Pedro, el rey mismo, quien acude al convento. No hay tiempo de avisar a doña María. La puerta reglar se abre ante el mandato imperioso del rey, quien corre presuroso por claustros y estancias en busca de doña María Coronel. Esta, acosada, en carrera alocada, se refugia en la cocina, donde realiza el gesto heroico que la ha inmortalizado.

*El aceite, cuyo olor
tiene impregnada la brisa.*

El rey la sigue y la encuentra. Ya están frente a frente. Sobre el anafe de la cocina, una sartén chisporrotea hirviendo. No median palabras. De pronto... pero dejemos al poeta que remate la escena:

*...empuñando la cazuela,
que aparece enrojecida,
sobre su rostro de diosa
se la vuelca rapidísima.
¡Ronco grito del monarca!
¡Las monjas despavoridas
se han dispersado chillando
por celdas y galerías!*

*Y, sin modular un ay,
sigue de pie la heroína
que, entre el horrible chirreo
que su rostro carboniza,
oye que le dice el rey:
—¡Buena la has fecho, María!*

* * *

Sevilla lo cuenta así.

He procurado dejarme embargar por la floritura del relato, por la musa del poeta, por las hablillas del pueblo. Tanto don Pedro I de Castilla como doña María Coronel son personajes muy de Sevilla, patrimonio de su tradición y de su historia. Han muerto, pero viven en el recuerdo indeleble de las tradiciones sevillanas. Protagonistas de un drama, muestran al visitante viajero el antagonismo de sus restos. Como antagónicas fueron sus vidas. El uno reposa sus cenizas en la cripta de la capilla de la Virgen de los Reyes, de la catedral de Sevilla. La otra muestra su cuerpo entero en el monasterio de Santa Inés.

*¡Dios mío! ¿qué quepa aquí
todo aquel que no cabía
ni en salones, ni en palacios,
ni en ciudades, ni en provincias?
¡Ah Señor! ¡Mísero aquél
que tu airada mano oprima!
No importa que grande sea,
ni importa que se resista;
tu fiel esclava la muerte,
maga que entiende la alquimia,
lo reduce a leves átomos
que barre después la brisa...
En cambio, en el limpio coro*

*del convento de franciscas,
que todo el mundo conoce
por Santa Inés de Sevilla;
bajo airoso pabellón
de bermeja sedería
y en urna de oscuro cedro
de bien doradas cornisas,
duerme el incorrupto cuerpo
de una sevillana eximia.*

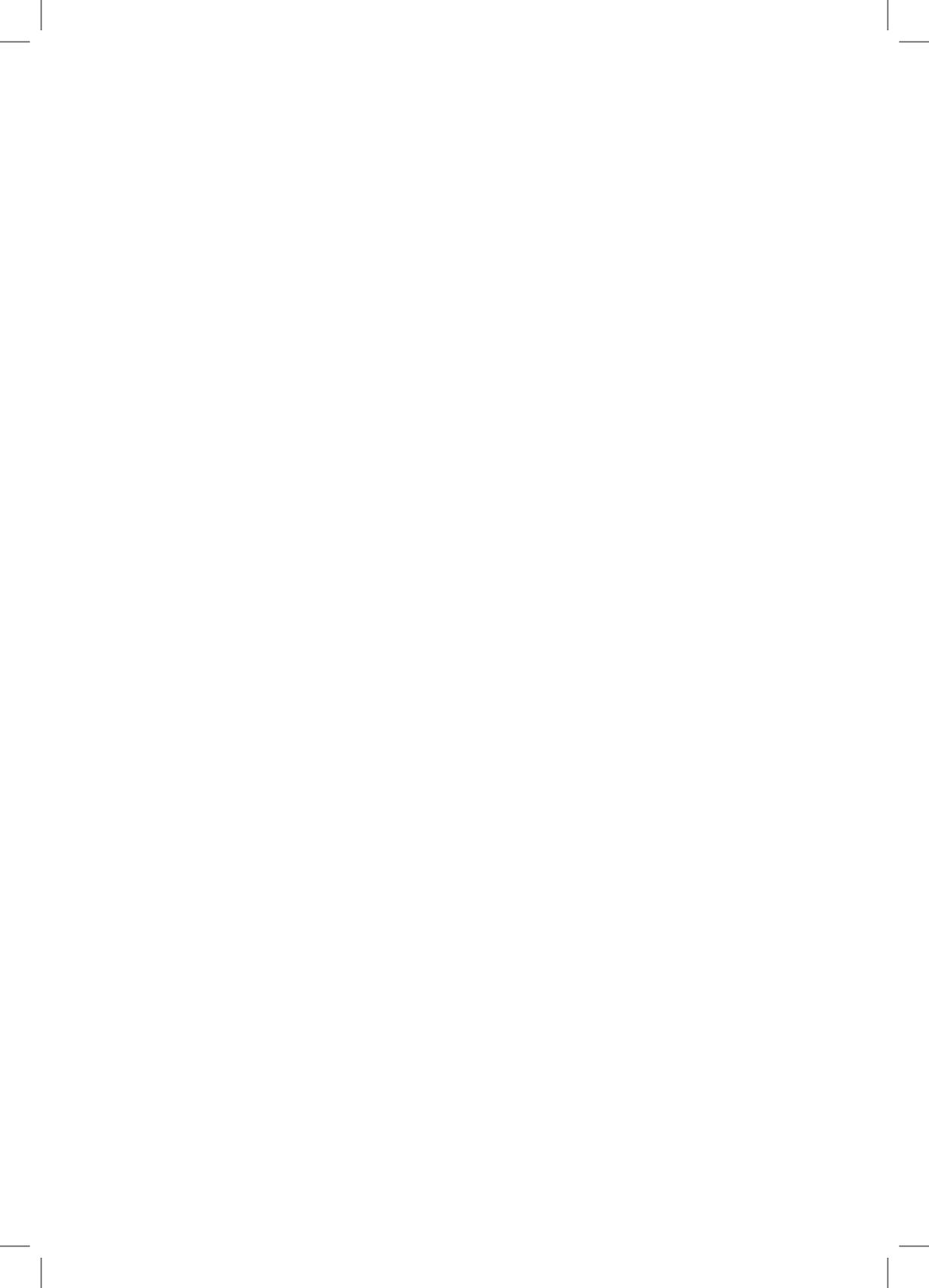
He dejado a Sevilla que me cuente lo que ella cuenta. Con toda su belleza y su frescura. Ahora tenemos que seguir adelante y preguntarnos: ¿qué detrás de estos dos personajes? De don Pedro I, figura tan discutida, existen multitud de estudios históricos, que sería prolijo enumerar aquí. Para unos sigue siendo el Cruel, para otros el Justiciero, y si está tan vivo en el recuerdo es por la pasión que sigue suscitando.

*Todo en Sevilla repite
el nombre del rey don Pedro.*

La figura de doña María Coronel ha quedado como más en penumbra.



Doña María Coronel, óleo de Joaquín Domínguez Bécquer, pintor de cámara de los duques de Montpensier. Cuadro donado por la infanta doña María Luisa, duquesa de Montpensier, al convento de Santa Inés.



LA HISTORIA



2. La saga de los Coronel

En 1275, Alfonso X el Sabio, que sueña con la corona imperial de Alemania a la que cree tener derecho, atraviesa los Pirineos y se entrevista en Beaucaire con el papa Gregorio X. Entrevista inútil. Éste ya ha reconocido los derechos de Rodolfo de Habsburgo. Cuando vuelva a Castilla, desengañado por «el fecho del Imperio», encontrará algunas sorpresas desagradables.

La primera: Los benimerines, dinastía bereber que sustituyó a los almohades y reinó en África del norte de 1269 a 1465, han atravesado el Estrecho, invadiendo la Andalucía cristiana y poniendo cerco a Sevilla.

La segunda: El príncipe heredero, Fernando de la Cerda —apodado así por un mechón de pelos que le salía del pecho— muere en Ciudad Real, cuando acudía con tropas para repeler a los invasores.

La tercera: El problema sucesorio. Fernando de la Cerda ha dejado dos niños pequeños de su casamiento con Blanca de Francia, hija del rey san Luis: Alfonso y Fernando. El mayor contaba tan sólo cinco años.

Con un rey ausente, que busca por Europa una corona imperial, un príncipe heredero muerto y unos invasores africanos devastando Andalucía, el panorama no es halagüeño.

Hace falta un jefe. Y éste llega.

El infante don Sancho, hijo segundo de Alfonso X, cree llegado su momento. Tiene tan sólo diecisiete años. El arrojo y valentía se unen a su ambición. Llega presuroso a Burgos y se proclama heredero. A su lado se coloca Lope Díaz de Haro, señor de Vizcaya, uno de los señores

fuertes. Al lado del pequeño Alfonso de la Cerda, Juan Núñez de Lara, otro de los señores fuertes.

Los clanes nobiliarios de los Haro y de los Lara ya están enfrentados. El drama se cierne sobre Castilla. La lucha sucesoria configurará gran parte de la historia castellana de los próximos años. Este es el dilema: el príncipe don Sancho o los infantes de la Cerda. ¿Quién vencerá? ¿Por quién se decantará Alfonso X?

En nuestra historia interesa este dato concreto: Si los infantes de la Cerda hubieran reinado, la historia de Castilla habría sido otra naturalmente. Y nuestra historia también. Porque el último de los Cerda, don Juan de la Cerda, casado con doña María Coronel, hubiese sido posiblemente rey de Castilla.

* * *

He comenzado esta historia desde muy atrás, remontándome a beber aguas arriba del río impetuoso de la saga de los Coronel. Porque tal vez de eso se trate: no el retrato de una sola mujer, sino el cuadro poblado de toda una familia.

Será, además, necesario metodológicamente, para dar cabida en la escena a una serie de personajes que de una u otra manera cuentan en la historia de doña María Coronel.

Si pretendo responder quién fue ella, debo remontarme al siglo XIII, en pleno reinado de Alfonso X, y presentar, por ejemplo, a su tatarabuela, también llamada doña María Coronel, y a quien algunos historiadores han confundido con la tataranieta, o presentar a la esposa de Guzmán el Bueno, también llamada doña María Coronel, su tía abuela y abuela de su marido don Juan de la Cerda, a quien otros historiadores vienen a confundir ambas a dos con la célebre *Dama del tizón*.

Será una tarea apasionante introducirse en la saga de los Coronel, plasmar en un cuadro las distintas María Coronel que han existido, restituirles el colorido de su propia personalidad, insertarlas en su contexto histórico y descargar a nuestra doña María Coronel, y a las otras también, de tantas adherencias falsas como se han escrito de ellas.

* * *

El infante don Sancho, envuelto en lucha con su padre Alfonso X por el trono, se une en matrimonio en 1281, a los veintitrés años, a una mujer valerosa: María Alfonso de Meneses, más conocida como María de Molina. «Todos aprueban el acierto de Sancho en su elección —cuenta de ella su biógrafa Mercedes Gaibrois de Ballesteros—. Doña María tiene bondad, belleza, inteligencia y viene de gran linaje. Su padre es don Alfonso de Molina, hermano de san Fernando». Y hablando de la niñez de María de Molina, de la que se sabe muy poco, «nos llega el nombre de su ama, María Domínguez, y el de su aya, María Fernández Coronel, mujer de temple, que ha de acompañarla siempre con lealtad constante».

Ya tenemos aquí a la primera María Coronel, tatarabuela de nuestra biografiada. La llamaremos siempre María Fernández Coronel, para evitar confusiones. Así como a la esposa de Guzmán el Bueno la nombraremos María Alfonso Coronel, y a la nuestra simplemente María Coronel.

Mujer de temple, como ha sido calificada, María Fernández Coronel pasó a la corte cuando el casamiento de doña María de Molina. Era ya mujer madura, viuda, de la que conocemos varios hijos, y gallega de la diócesis compostelana, según consta de un documento papal que más adelante citaremos.

Al año siguiente, el infante don Sancho conduce a su esposa doña María de Molina a Toro, ciudad tranquila y lejana del bullicio de la guerra. Allí le nace una niña, por nombre Isabel, «que María entrega a los cuidados de la que fue su aya, María Fernández Coronel, que había de ser luego una segunda madre de la recién nacida».

* * *

De Toro saltamos a Sevilla, que por estas fechas celebra una boda que cuenta con todas las bendiciones de Alfonso X. En este año de 1282, el rey, enfermo, se encuentra desalentado por la desobediencia de casi todos, que han tomado el partido de su hijo don Sancho. Una asamblea de nobles en Valladolid lo acaba de deponer como rey. Prácticamente, Sevilla y Murcia son las únicas ciudades que le permanecen fieles.

Está triste Alfonso X. Y solo.

Como le falta el sostén de los suyos, busca el apoyo de fuera. Y se acordó de que Alfonso Pérez de Guzmán guerrea valientemente en África al servicio de la corte de Fez. En carta dolorida, llena de aflicción y elocuencia, le dice:

«Primo don Alonso Pérez de Guzmán, la mía cuita es muy grande... Pues los de Castilla me fallecen, nadie me terná en mal que yo busque a los de Venimerin, si los míos fijos son mis enemigos, non será ende mal que yo tome a los mis enemigos por hijos; enemigos en la ley, mas no por ende en la voluntad, que es el buen Rey Aben Iucef, ca yo lo amo y precio mucho...»

Esta carta dolorida, de rey derrotado, venía a borrar el silencio y la distancia interpuesta durante seis años entre Pérez de Guzmán y Alfonso X. Guzmán, triunfador en un torneo celebrado en Sevilla, se sintió molesto de que un hermano le recordara al rey que él era «hermano de ganancia».

—No habla mal vuestro hermano —contestó el rey—, que así es costumbre de llamar en Castilla a los que no son hijos de mujeres veladas con sus maridos.

—También es costumbre —replicó Guzmán— de los hijosdalgos de Castilla cuando no son bien tratados por sus señores, que vayan a buscar fuera quien bien les haga; yo lo haré así y juro no volver más hasta que con verdad me puedan llamar de ganancia.

Y se fue con Aben Iucef a tierras de África.

Ahora vuelve, con aureola de héroe por las muchas hazañas que se dicen ha realizado por aquellas tierras. Y trae una respuesta generosa del rey moro.

—Ve y lleva a tu señor sesenta mil doblas de oro para que de pronto se socorra; consuélale y ofrécele ayuda, y vuélvete luego para ir conmigo.

Y entre agasajos y honores, vino la boda.

Barrantes de Maldonado, en su *Ilustraciones de la Casa de Niebla*, lo cuenta con esta ingenua belleza:

Le habló el rey don Alonso diciendo que si él se quería casar que él haría aver en aquella cibdad una donzella de gran linage, bondad y hacienda, y en todas estas calidades aventajada en todas

las señoras de Sevilla, y don Alonso Perez se lo tuvo en merced, y considerando cómo él era de edad de veinte y siete años y que no se podía pasar en Africa sin tropeçar e caer en algunos pecados de la carne, como ombre mançebo que era, que aunque no fuese sino por se apartar de pecar y por tener quien le pusiese cobro en su casa, era razon de se casar quanto mas por aver hijos de bendición en quien suçediese su hazienda y su memoria. Determinado de lo hazer dixo al rey don Alonso su voluntad, el qual trató el casamiento con una señora donzella de muy clara sangre y principales deudos, rica en hazienda, de muy gran hermosura, al paresçer de muchas virtudes y bondad, de edad de quinze años, la qual se llamava doña María Alonso Coronel.

Ya ha aparecido en escena la segunda doña María Coronel, nieta del aya de doña María de Molina. Si a aquélla la han calificado como «mujer de temple», a ésta la obsequian como «donzella de muy clara sangre» y «de muy gran hermosura».

El regalo de boda del rey fue la villa de Alcalá de los Gazules. Pero la dote fue más cuantiosa. Según Barrantes, «el dote que dieron a don Alonso Pérez con esta señora fue la villa de Bolaños en Castilla y unos pueblos en el reino de Galicia y en el reino de León, y unas heredades en el reino de Portugal y ciertos pares de açañas en Xerez en el río de Guadalete y en el Axarafe de Sevilla le mandaron de Bollullos con sus heredades y a Torrijos con sus olivares, y a Robaina con sus olivares y las tierras de Montañina y del Barroso y de Laina y unas casas principales en Sevilla en la collación de San Miguel çerca de San Vicente, y demás desto dineros y joyas».

Y así comenzó el entronque de los Coronel con los Guzmanes.

* * *

El 4 de abril de 1284 muere en el Alcázar de Sevilla Alfonso X el Sabio. Triste y desengañado, este viejo monarca poeta y trovador supo morir en la ciudad que siempre le fue fiel, la que se mantuvo en su obediencia, como indica su escudo: *No-Madeja-Do*. Ahora sus huesos